

puede haber en éste, yo absuelvo al autor, porque tengo la manga ancha. Yo digo, como el Dios que imagina Goethe en «El Prólogo en el cielo» de su «Fausto»:

«Es irrt der Mensch so lang er strebt».

LA GOLETERA

POR ARTURO REYES

En las ficciones novelescas he de confesar que estoy algo prevenido contra los hombres y las mujeres de la ínfima plebe, que calzan el coturno, que se muestran poseídos de las pasiones y sentimientos más sublimes, y que vienen á ser dignos personajes de verdaderas tragedias y no de aventuras picarescas como en *Rinconete y Cortadillo*, ó de parodias como *El Manolo*, *El Muñuelo*, *Inesilla la de Pinto* y *Pancho y Mendrugo*. Y no porque yo crea que el concepto de las virtudes más altas y la capacidad enérgica de ejercitarlas requieran educación esmeradísima y largos estudios. Por fortuna, para saber de ciencias es menester acudir á las aulas ó leer muchos libros; y para percibir, juzgar ó crear la belleza artística, sin extravíos de mal gusto, se requieren también preparación y enseñanza; mientras que para el conocimiento de lo bueno y de lo malo, ape-

nas necesita nadie devanarse los sesos. En la sociedad cristiana y culta de nuestros días, casi parece infuso, innato ó intuitivo dicho conocimiento. Bien podemos decir con el gran dramaturgo:

Á ciencias de voluntad
les hace al estudio agravio.

Y, sin embargo, si se toma como por sistema el que muchachas criadas en el arroyo y parroquianos de las más infectas tabernas de los barrios peores, resulten dechados de honestidad, de pundonor, de valentía heroica, de sufrimiento estoico y de cuantas son ó pueden ser las excelencias morales que hermocean el alma humana, bien podemos llegar al extremo de imaginar que la superior cultura, el bienestar, el aseo, la elegancia y la riqueza, debilitan el vigor y la bondad de los corazones, y que para ser moralmente bien estimados es menester bajar al nivel más próximo al estado salvaje desde nuestra refinada civilización del día. De esta suerte, á fuerza de querer ser demócrata y filántropo, puede el escritor caer en el error de ser retrógrado.

Hay también, en las novelas tabernarias, adornadas con las más exquisitas sublimidades, una enorme dificultad que vencer y que es rara vez vencida: combinar el lenguaje, cuando no rufianesco, vulgar é inculto, con un

estilo elevado, apto para expresar los sentimientos más delicados y nobles. Y como esto rara vez se consigue, resultan los diálogos llenos de amaneramiento, de falsedad y de disonancia. A pesar de lo expuesto, como doctrina general, contra la cual he pecado yo también, dejándome llevar de la corriente al escribir algunas novelas, me complazco en declarar aquí que me han entrado ganas de retractarme y de abjurar de la doctrina general mencionada al leer *La Goletera*, de D. Arturo Reyes.

Ventajosamente conocido y justamente celebrado era ya este joven malagueño, así por sus bonitas poesías, como por sus graciosos cuentos en prosa, y por sus novelas *Cartucherita* y *El lagar de la Viñuela*.

Su última obra, *La Goletera*, viene, en mi sentir, á confirmar su buena fama de novelista alcanzando para él diploma y título de escritor excelente.

Trini, su heroína, se parece, no por imitación, sino por coincidencia, á la dama de Calderón, en la comedia titulada *No hay cosa como callar*; pero Trini es más noble, más amorosa, más real y más humana que la dama de Calderón. Mejor que ella, siente, piensa y se conduce Trini. Y por arte admirable, Trini se expresa sin frases alambicadas y sin tiquis miquis primorosos, en el habla llana y vulgar de una mujer del pueblo.

Como la dama de *No hay cosa como callar*, Trini ha sido víctima de la violencia de un hombre; pero, con igual honradez y delicadeza que la dama, si Trini no concede su amor á ningún otro galán, por considerarse deshonrada, todavía es muy superior á la dama, porque se enamora de otro y lucha con su ardiente pasión y finge desdeñar á quien la adora y de quien ella está prendada. El burlador de Trini vuelve de Buenos Aires, donde ha pasado años y donde ha ganado bastante dinero. Quiere reparar su falta, casándose con Trini; pero ésta no es como la dama de Calderón, que acepta al burlador por marido, porque sólo piensa en restaurar su honor y porque no ama á nadie. Trini ama á otro y rechaza al burlador, que no le inspira amor, sino repugnancia. El hombre que ama á Trini es excelente y muy celoso de su honra. Trini no quiere ni debe engañarle. Y Trini no puede unirse con él, mientras viva el hombre que la burló y bajo cuya mirada se moriría de vergüenza.

Los casos y lances por donde llega el autor á resolver este conflicto, no pueden ser imaginados ni presentados con mayor naturalidad, verosimilitud, interés creciente y pasmoso ingenio. El amante, misteriosamente amado por Trini, sabe que ella le ama, y sabe su deshonra y quién ha sido la causa de ella, todo por una involuntaria revelación de la misma Trini, la

cual estaba decidida á callarse, aunque la matase el silencio, para no ocasionar una lucha sangrienta entre los dos rivales, valerosos y poco sufridos ambos. La revelación, una vez hecha por medios verosímiles, ordenados con exquisito arte, hace inevitable el conflicto.

Los dos rivales salen al campo y riñen á puñaladas. La riña está vigorosamente descrita. Muere en ella el burlador, que en los últimos momentos y escenas de su vida se ha mostrado generoso y simpático. Así termina la novela. Aunque el autor no lo dice, y hace bien en no decirlo y en terminar donde termina, el lector puede suponer que, no castigado por la ley, porque su rival moribundo dice que su matador ha sido otro, cuya negra traición ha causado la riña, el vencedor y amante de Trini se casa al fin con ella después de haberla vengado.

Toda la narración, los diálogos ingeridos en ella, y los varios incidentes, que aquí se omiten y que de un modo tan magistral y tan hábil llevan al desenlace, interesan, conmueven y se apoderan con tal hechizo del ánimo del lector, que de seguro no deja el libro hasta que acaba de leerle.

LAS NOVELAS EJEMPLARES DE CERVANTES

POR F. A. DE ICAZA

En el certamen abierto y ordenado por el Ateneo, certamen en que fueron jueces los Sres. D. José Echegaray, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, D. Rafael Salillas, D. Emilio Cotarelo y Mori y D. Ramón Menéndez Pidal, fué premiado el libro de que damos aquí cuenta en resumen. Es su autor D. Francisco A. de Icaza, primer Secretario de la Legación que tiene en Madrid la República mejicana, y muy conocido y estimado en la de las letras por algunos trabajos de erudición y de crítica y por elegantes y lindas poesías.

Es tan singular el mérito y el valer del *Quijote*, que todas las demás obras que escribió Miguel de Cervantes, quedan muy por bajo de aquella creación única y pasmosa. Cervantes, sin embargo, así en *La Galatea* como en el *Pérsiles*, en no pocos versos y

hasta en sus comedias y entremeses, da clara muestra de su brillante ingenio y acierta á poner el sello individual que le caracteriza, le distingue y le eleva sobre la multitud de escritores contemporáneos suyos.

Las novelas ejemplares son sin duda las obras en que, después del *Quijote*, mayor originalidad, talento y gracia muestra el manco de Lepanto.

El libro del Sr. Icaza prueba esta verdad, previo un detenido y juicioso examen del asunto, con atinadas observaciones y con gran copia de datos, recogidos con diligencia y ordenados con arte. Por todo ello queda patente que Cervantes puede ser calificado como inventor de la novela moderna de costumbres y de caracteres. Los libros de caballerías, las novelas pastorales y hasta las picarescas son otra cosa: son una larga serie de aventuras, sin más unidad de acción que la vida de algún personaje fabuloso á quien sigue y retrata el escritor desde su nacimiento hasta su muerte. Antes de Cervantes existía también algo que podemos llamar novela histórica ó relación de sucesos que, si la severa historia no acepta, no son fingidos por el novelista, sino fundados en cierta realidad, hermoseedada y adornada por la fantasía del vulgo, cuyas invenciones después la tradición consagra y hasta cierto punto autoriza. Así *El Abencerraje*, de Villegas, y *Las*

guerras civiles de Granada, de Ginés Pérez de Hita.

Las novelas cortas, por último, y cuentos de italianos, franceses é ingleses, sin excluir el *Decameron*, de Bocaccio, son muy distintos de la novela cervantesca. Cuentan un suceso, refieren un lance, trágico ó cómico, triste ó alegre, pero sin fijarse en la pintura de las costumbres y en la viva representación de las pasiones y caracteres humanos.

En esto se fija y esto logra pintar el autor de *El celoso extremeño*, de *Rinconete y Cortadillo*, de *La ilustre fregona*, de *La Gitanilla* y de casi todas las demás novelas ejemplares por donde, merced á su agudeza psicológica, nueva ó antes casi nunca empleada en este género de ficciones, Cervantes viene á ser el padre ó el fundador de la novela, tal como la concebimos y comprendemos en el día. Para la demostración de esta verdad, que presupone en Cervantes un valer originalísimo, el señor Icaza examina y juzga todas sus novelas; refiere cuanto los críticos han dicho de ellas desde sus contemporáneos hasta hoy; impugna los ligeros juicios de Huet, de Florián y de otros; prueba la carencia de fundamento de las acusaciones de plagio lanzadas por Estala y Bosarte, y manifiesta el influjo poderoso que han ejercido las novelas de Cervantes en nuestro teatro español, en el extranjero y en

la misma novela, que harto descuidada entre nosotros durante cerca de dos siglos, floreció y dió muy sazonados frutos en Francia, en Inglaterra y en otros países, de donde volvió á España muy acrecentada en riqueza, pero sin que deba olvidarse el origen tan español que tiene.

No cabe entrar en pormenores en este breve articulito ni dar idea exacta de lo bien estudiado que está el asunto por el Sr. Icaza, y del recto criterio, nada común saber y rara diligencia que despliega y luce tratándole.

EL BUEN PAÑO...

NOVELA POR J. F. MUÑOZ PABÓN, PRESBITERO

Si lo he entendido bien y si no lo recuerdo mal, el famoso novelista francés Emilio Zola dice que una buena novela ha de ser la exacta representación de lo vivido, observado y entendido *al través de un temperamento*. Zola olvida ó desdeña lo principal: la imaginación, ó sea la fuerza activa que representa bien lo vivido y lo que se ha visto y observado. No basta ver y observar: menester es reproducirlo ó crearlo de nuevo valiéndose de la palabra y por virtud de la fantasía. Presupuesto este poder creador, una novela es ó debe ser lo que Zola dice. Y tal es *El buen paño*....., del señor D. Juan F. Muñoz Pabón, presbítero de Sevilla, creo que cura de una de las parroquias de aquella ciudad, y en quien, no hará todavía un año, la aparición de *Justa y Rufina* nos dió á conocer á un nuevo y excelente novelista, ingenioso y discreto.

Su temperamento, ó mejor diré su carácter, debe de ser jovial, apacible y sereno, calidades todas que ya en *Justa y Rufina* se mostraron, haciendo simpática la obra, y que en su nueva novela, titulada *El buen paño*....., se muestran más graciosa y resueltamente.

La acción de esta novela no puede ser más sencilla. Se reduce á presentar un caso de aquellos que justifican lo que D. Quijote dijo á la desenvuelta Altisidora en el lindo romance que para desengañarla le compuso:

Los andantes caballeros
y los que en las cortes andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.

Si hemos de confesar la verdad, no es esto lo que sucede más á menudo; pero alguna vez sucede, y basta. Aristóteles, además, que sabía muchísimo, ha dicho que la poesía (y la novela es poesía) es más filosófica que la historia, porque la historia cuenta lo que es, y la poesía cuenta lo que debe ser, sin afirmar por eso que sea siempre.

En suma: todo el argumento de *El buen paño*, expuesto en cifra, es que un señorito, rico, guapo y el más galán de un lugar cercano á Sevilla, desdeña á sus primas y á no pocas otras muchachas y se casa con la modesta

huerfanita de un médico, la cual vive con su madre, se gana la vida como costurera ó modista lugareña, y es un tesoro de gracias, habilidades y virtudes.

En *El buen paño*..... apenas hay acción: no hay nada de drama; pero hay mucho, y á mi ver excelente y precioso, ora de idilio sin afectación sentimental, ora de comedia, ó ligera y suave sátira sin acritud ni amargura. Los afectos amorosos no se exageran por lo ardientes para que quemén, ni por lo dulces para que empalaguen. Y los vicios, pasiones y ridiculeces de los personajes cómicos no traspasan jamás el límite más allá del cual se harían odiosos dichos personajes. La burla ó la risa benigna que provocan, no les quita la estimación que les concedemos. Hasta el nuevo médico, que es el personaje menos estimable de toda la fábula, no llega á merecer nuestro desprecio. De aquí que la totalidad del cuadro, que parece, por su exactitud y realidad, una fotografía, y la viveza y verdad de los diálogos, que parecerían recogidos por el fonógrafo, si dicho artificio fuese apto para la selección, desechando lo impertinente, concurren á darnos una idea, muy agradable y divertida, así del lugar en que ocurren los sucesos que el novelista refiere, como de la mayoría de sus habitantes, ricos y pobres, grandes y pequeños. La emulación y los celos entre dos cofradías

rivales, las fiestas y procesiones en que compiten, y sobre todo, la lucida cabalgata y jira campestre llamada del *romerito*, todo está lindamente pintado, rico de luz y de colores; todo tiene el perfume campesino de los pinares y de las huertas, la claridad y la limpieza de los arroyos de agua corriente, cerca del esquivo y apartado manantial, y la brillantez azul y serena del cielo despejado de Andalucía.

LULLY ARJONA

NOVELA POR D. ALFONSO DANVILA

Mil veces lo he pensado y algunas veces lo he dicho ya: no hay que temer la uniformidad y la monotonía. La pasmosa facilidad de comunicaciones, los ferrocarriles, el telégrafo y el teléfono, que llevan á escape mercancías y personas de un extremo á otro de la tierra, y que transmiten y comunican el pensamiento y la palabra con la rapidez del rayo, no logran aún, ni lograrán nunca, identificarnos, destiñirnos, digámoslo así, y hacer que perdamos el sello característico de casta, lengua, nación y tribu que cada cual tiene. Se diría que para precavernos contra el roce, que pudiera limar y pulir las diferencias, nos armamos instintivamente de una virtud conservadora de lo castizo que persiste en el fondo, aunque superficialmente desaparezca.

Lo que llaman ahora *high-life*, ó digase aquella parte de la sociedad más rica, elegan-